

La influencia del oro en diversas actividades

CONFERENCIA

del Prof. Dr. Héctor M. Cabezas,
sustentada en la Sesión Solemne con motivo del Día
de la Universidad.

Señor Gobernador de la Provincia, Señor Rector, Señoras,
Señores y Profesores:

Al ocupar la tribuna de este Instituto de enseñanza científica, en virtud de un mandato reglamentario, que impone a los catedráticos de esta Universidad, para cumplir con fines de difusión de conocimientos, la obligación de disertar sobre tópicos, no ya rigurosamente científicos y de especialización, sino también de interés universal, no puedo ocultar una comprensible emoción, derivada del elevado honor que entraña para mí esta designación que me ha traído a este lugar en fecha como ésta, ni puedo prescindir de lamentar que una preparación cultural definida y honda, amplia y recia, no me ofrezca su asistencia para justificar y legitimar la relevada distinción con que se me ha honrado.

Revestido de una modestísima cultura sobre asuntos extraños a mi profesión de odontólogo, mi espíritu se siente siempre agitado por ansias de saber, y, aunque los conocimientos adquiridos son todavía débiles y escasos, no ofreciéndome la salvencia cultural requerida para ocupar este prestigioso sitio, suplico por hoy al mérito mi entusiasmo y admiración por el saber y ruego, así, al calificado auditorio me favorezca con su benevolencia, excusando cualquiera deficiencia en el desarrollo del tema, ajeno a mi ramo profesional, que he escogido para esta disertación y que no es otro que la influencia del oro en diversas actividades humanas, pero muy particularmente en los aspectos económicos, político y social.

EL ROL DEL ORO Y SU INFLUENCIA EN LA ECONOMIA.

El oro es tan viejo como la humanidad, pero su aplicación a funciones cambiarias se hizo mucho tiempo después de haber servido preferentemente para la elaboración de efectos de exorno personal y útiles del culto, al que estaba tan íntimamente ligado, en ciertas regiones de Asia, que se consideraba asociado a la divinidad, en épocas verdaderamente remotas.

Es bien conocido el hecho de que, primitivamente, la circulación de los bienes se hacía por permuta de objetos o mercancías por otros distintos, como medio de satisfacción de las escasas necesidades de aquellos tiempos. Después de un proceso evolutivo de lenta realización, pasando por el ganado, las pieles, las conchas, y posteriormente, por el hierro, el cobre y el bronce, que sirvieron como instrumentos de cambio en Roma y otros estados de la antigüedad, vinieron los metales preciosos, y particularmente el que nos ocupa, a disfrutar de una estimación mayor, no sólo por su aprovechamiento en la confección de objetos de ornamentación y lujo sino por sus cualidades especiales que lo iban revistiendo de inestimable valor cambiario. Se descubrió que, por su capacidad de fusión y maleabilidad, sus propiedades de durabilidad y divisibilidad sin detrimento de su valor, el oro era esencialmente indicado para servir cumplidamente la función monetaria, y empezó desde entonces, en forma progresiva, la prestancia avasalladora de este metal, hasta llegar a constituir finalmente el eje o base de sustentación del régimen monetario universal, en que se mantiene parcialmente hoy.

¿Qué nuevo descubrimiento, qué aleación metálica maravillosa; qué acaecimiento excepcional pueden alterar la estructura económica universal, determinando el destronamiento del oro de su alto sitio de símbolo de la moneda y medio de pago internacional?

Al no vislumbrarse por el momento ninguno, tenemos que admitir lógicamente que el destino prominente del rey de los metales, habiendo comenzado con la humanidad, terminará solamente con ella.

Pasemos ahora a examinar, con la superficialidad que los límites de este trabajo imponen, la influencia del oro en la economía pública y privada.

No por muy repetido resulta menos exacto, es evidente que la mayor suma de actividades de los hombres de esta época está encaminada a la conquista del oro, no siendo menos cierto que este desafortunado afán posesivo no es conducido siempre por cauces muy honestos. La culpa no es del oro, por supuesto.

Los hombres de esta ruda época no deseamos, como los poetas de la edad de oro española, a guisa de cifra y compendio de la felicidad terrestre, "huir del mundanal ruido" para instalarnos en el campo, en una casita blanca y alegre, sentados a la mesa, al lado de la esposa sumisa y tierna, para comer la sabrosa hogaza y beber el puro y rojo vino que encendía suavemente el espíritu, entre el último gorjeo de las aves y las prostreras fogaradas del sol. El progreso, la civilización, con sus atropellantes saltos, han arruinado totalmente el concepto eglógico de la felicidad que tuvieron los contemporáneos de Fray Luis de Granada.

El campo, para el ciudadano moderno, sirve hoy para jugar el golf, o para pasar unos pocos días de recreo, cuando no para reponerse de un quebranto físico.

Los hombres de hoy aspiramos aún los menos imaginativos a hundirnos con deleite en el mullido asiento de un automóvil, a cruzar los mares en un lujoso trasatlántico o surcar los aires en un veloz clipper y, como es natural, buscamos antes aprovisionarnos copiosamente de dinero para realizar estos costosos anhelos, y los demás que se encienden a la vista del atuendo y el confort modernos. De aquí, la vida del hombre de nuestros días es una carrera sin tregua en pos del oro. No importan los tropezones y caídas de bruces, si se llega al fin a la meta piensan, con poco juicio, los más.

Nos hemos desviado un poco del asunto principal, pero era necesaria esta digresión para tratar de probar que, el afán de riqueza, como estímulo de espíritus equilibrados y sanos, contiene en potencia el mejoramiento de la economía privada y pública, por aquello de que un país es tanto más rico cuando mayor número de integrantes del núcleo nacional lo sea.

En términos generales, nunca está en mejor auge la economía pública de una nación que cuando esta nación es poseedora de oro o de productos equivalentes a oro. Efectivamente, el mejor índice de la prosperidad de un estado lo constituye hoy por hoy una copiosa acumulación de piezas y lingotes áureos guardados en la bóveda del Banco Nacional, o en podero-

sas instituciones de crédito del exterior, cuando conviene esta medida, para fines de seguridad o de especulación. Este caudal áureo, representado por billetes y circulando activamente —en la proporción y demás condiciones que las leyes del país y la ciencia económica prescriben—, afluye a los organismos de producción, y se riega así en los campos, se mete bajo la tierra, se esparce por el aire, trepa las montañas, cruza las selvas y surca finalmente los mares, para tornar velozmente; henchido, como un señor cualquiera que regresa de unas vacaciones provechosas, ahito de salud y robustez, para empezar de nuevo y con más vigor sus tareas habituales.

En la evolución descrita, efectuada por el oro y realizada por éste sin respirar siquiera desde su obscuro alojamiento de la caja fuerte del Banco, ha cumplido una finalidad reproductiva, alimentando las industrias, vitalizando la agricultura y movilizándolo, en fin, enérgicamente, todas las explotaciones que constituyen las fuentes de riqueza de una nación.

Las mayores y periódicas afluencias de oro van marcando etapas cada vez más acentuadas en el progreso de una nación. Se intensifican las explotaciones, toma mayor vuelo el comercio, surgen nuevas industrias, se emprende en cultivos antes desconocidos o desdeñados, y mientras el individuo, dentro de estas nuevas actividades, encuentra medios seguros de trabajo, y, con estos, la tranquilidad y sostenimiento de su hogar, las arcas del Erario se vigorizan con los ingresos provenientes de las tributaciones y de los derechos aduaneros que gravan las exportaciones. Y el país en el cual las actividades descritas han tenido realización, será un país de economía pública indiscutiblemente próspera.

El oro, a manera de un dios tutelar que nadie ve ni puede tocar como instrumento circulatorio, habrá realizado el milagro. Este codiciado metal ejerce, pues, en el campo económico, la misma acción fecunda y vivificadora que ejerce la luz solar en los organismos vegetales.

Casi es innecesario, por conocida, mencionar la influencia del oro en la economía privada, todo el mundo sabe o se imagina lo que puede hacer un individuo o una entidad colectiva acaudalados, con método, honestidad y talento, en beneficio del sector social en que actúa y aún del país general.

El afán de conquista del oro mueve poderosamente el ingenio del hombre. Ya enriquecido, y convertido por este he-

cho en un monarca en pequeño, muchas veces con más representación y poderes que éste, el hombre acaudalado llega a cualquier parte, soluciona, si no todos, casi todos los problemas humanos, atrae hacia sí todas las estimaciones y respetos y alcanza, en fin, las cosas más árduas con la misma facilidad con que las desea. Y es sabido que con una juiciosa e inteligente administración, la fortuna crece hasta el infinito. Ya el pueblo, con su instinto seguro, ha condensado el poder reproductor del dinero en el conocido adagio: "la plata trae la plata". Y es incuestionable que mientras más abunda el dinero, más apreciablemente se extienden sus posibilidades de multiplicación, ya sea en poder de un individuo o colectividad, con orientaciones bien definidas, o en el de un país social y económicamente bien organizado.

INFLUENCIA DEL ORO EN LA POLITICA.

Cuando Napoleón afirmaba que las guerras se ganaban con dinero, dinero y más dinero, estaba haciendo, al par que un alto elogio, por venir de quien venía, un reconocimiento concluyente de la eficacia del áureo metal en la política de expansión de los pueblos, a base de conquistas armadas.

Antes que Napoleón, por supuesto, alguna expresión, que no recordamos, pero sí innumerables hechos habían evidenciado incontrastablemente el poder del oro como factor determinante del éxito de las guerras. Y es curioso observar que si el oro interviene en la finalización exitosa de aquellas, no es este, sin embargo, el más destacado rol que ejerce en las luchas de las naciones, pues que es su agente específico, origen y motivo de ellas.

En efecto, en toda actitud de un país que atropella y lesionada los derechos de otro, haciendo escarnio del Derecho Internacional y de la soberanía de los pueblos, brilla en el fondo el rubio metal, en forma de minas, yacimientos de petróleo o cualquier otro producto convertible en oro que posea el país agredido. Así, la historia de las guerras, antiguas y modernas, es la historia de los grandes intereses moviendo la codicia de los pueblos.

Por intereses, Roma y Persia, en la antigüedad, absorvieron; por la vía bélica, muchos pueblos, para cimentar su poderío político e incrementar sus ya crecidos bienes materiales; por intereses, y ofuscando con sus áureos destellos a la haza-

ñosa gente de ultramar, desde su lejano escondite de aquende el Atlántico, se hizo la conquista de Indias Occidentales, regándose a raudales la generosa sangre de los aborígenes; y, viniendo a épocas más recientes, por la misma razón, por el eterno motivo de los intereses, que se disfrazan ahora con las altisonantes invocaciones de la soberanía, de la dignidad, de las necesidades territoriales, etc., etc., se incendió, hace 21 años ya cumplidos, la Europa entera, se peleó en el Chaco y se mata actualmente en el Africa Oriental.

En éste último aspecto, como generador de guerras y consecuentemente de aniquiladoras matanzas humanas, el oro adquiere para ciertas gentes características nefastas, que lo convierten ante algunos criterios en una especie de divinidad negra, a la que rinden culto las desatadas bestias de la guerra y su séquito formado por la muerte, las pestes, la desolación, el horror.

En los períodos de paz, así mismo, el gobierno de un Estado está requiriendo constantemente el contingente del dinero para el mejor y más eficiente desenvolvimiento de la gestión administrativa.

De este modo, los Estados se ven en la necesidad de legislar y decretar constantemente para acrecentar los fondos del Tesoro.

Como todos sabemos, la legislación de nuestros países, en períodos normales, es hecha por un cuerpo de representantes de los estados, departamentos o provincias en que se divide el territorio de una nación, representantes que perciben honorarios del Estado, o sean las llamadas dietas, de donde se deduce que las leyes de un país, buenas o malas, desde su confección hasta su aplicación, están demandando costosas inversiones fiscales, para hacer, en muy pocos casos, la felicidad, y en la mayoría, la opresión de la colectividad nacional, especialmente en países como el nuestro, de vida convulsionada, donde las leyes se hacen atropelladamente, en los pocos momentos que dejan libres las maquinaciones que ocupan preferentemente las actividades de nuestros politiqueros.

Y siguiendo en este orden, es considerable el volumen de dinero a invertir por el Estado en su administración, ya sea para subvenciones, ya para remuneración de empleados y ya, finalmente, para atender el costoso capítulo de las obras públicas.

Los Estados ricos son los Estados que auspician el auge de las ciencias y de las artes, subvencionando institutos establecidos para su incremento; los Estados ricos son los Estados que solucionan los problemas sociales derivados de la indigencia, destinando grandes rentas para el sostenimiento de asilos, hospitales y demás establecimientos de caridad; los Estados ricos son, en fin, los Estados que emprenden las grandes obras de beneficio público.

Quedan todavía muchas consideraciones de carácter general por mencionar, pero estimamos que, con las expuestas, hay ya bastante para llegar a la conclusión de que el oro es un poderoso e insustituible factor para el buen gobierno de los pueblos, porque crea ambientes especiales para la formación y aplicación exitosa de buenas leyes y porque constituye la poderosa palanca con que se mueve el progreso político y económico de las naciones, situándolas en un plano de respetabilidad y poderío en el concierto universal.

INFLUENCIA SOCIAL DEL ORO.

Cuando se admira el nivel de perfección que han alcanzado las ciencias y las artes, y se llega a la comprobación de los beneficios que para la sociedad humana han aportado tales progresos, realizados con el poderoso auxilio del oro, pues no podrían, sin él, instalarse y sostenerse costosos laboratorios, ni tendrían vida duradera innumerables organizaciones que sufragan los crecidos gastos de las investigaciones científicas; cuando se piensa en el maravilloso destino del oro, esparciéndose a raudales por los iluminados cauces de la filantropía, hasta llegar a los más remotos puntos de la tierra, adonde la peste o la tragedia han llevado sacudimientos de exterminio; cuando se piensa en todo esto, decimos, no se puede reprimir una entusiasta exaltación que nos conduce finalmente a una especie de sentimiento venerativo por el oro, estimándolo como auxiliar de la ciencia y remedidor de tantas desventuras humanas.

Todas las campañas de elevada finalidad altruística que se realizan en la humanidad, por aliviar o mejorar las condiciones de ésta, ora en forma de eliminación de las enfermedades epidémicas que azotan diversas regiones de la tierra; ora en forma de socorro a los pobladores de un punto cualquiera del globo, por distante que sea, llevados a la desesperación y al hambre por espantosas conmociones sísmicas o meteorológicas, o

por los estragos de la guerra; ora en forma de fundación de un sinnúmero de establecimientos destinados a aliviar las dolencias de los seres humanos desvalidos, unos, o a mejorar las condiciones morales de los descarriados, otros, todas estas empresas, decimos, de elevado valor benéfico, necesitan de un torrente de oro para su ininterrumpida y eficiente realización.

La misma búsqueda y captación del precioso metal, hecha en la mayoría de los casos, por potentes organizaciones financieras que tienen a su servicio un nutrido ejército de jornaleros, capataces, ingenieros, físicos, químicos, geólogos, etc., constituye un aspecto interesante de su influencia en la sociedad humana.

Pero desgraciadamente, no todas las influencias sociales del oro desatan las fervorosas loas que, analizadas en su aspecto benefactor, hemos formulado más arriba, y así tenemos que, paralelamente a los beneficios de orden altruístico y científico que proporciona, corre una cohorte de calamidades morales que el vulgo ha encerrado en la genérica denominación de "el poder corruptor del oro".

Nadie puede desconocer, en efecto, que el oro es el más activo generador de la delincuencia, en todos los aspectos de ésta, cuando se ve todos los días que por el oro se asesina; que por el oro, hombres sin la más rudimentaria conciencia de su deber, o muy conscientes, pero pervertidos, traicionan a la patria, en tratos indignos; que por el oro, se producen disensiones escandalosas en las familias; que por el oro, se calumnia, lastimando en muchos casos reputaciones respetables; que por el oro, menosprecia su honor la mujer, roba el hombre y tiene ya inclinaciones pecaminosas el infante.

El oro, como elemento de atracción amorosa, tiene un poder ilimitado. Ya los dioses antiguos nos dieron ejemplo de lo que puede el oro en las empresas eróticas. Acordaos de Atalanta. Pero hay todavía algo mejor; Júpiter, el padre de los dioses, sabía lo que hacía cuando, para seducir a Dánae, hija de Acrisio, que estaba en cautiverio, reclusa por la voluntad de su padre en una torre de bronce, se convirtió en lluvia de oro para llegar a ella. Los Júpiter modernos que lo son hoy todos los afortunados del mundo, cuentan con medios más sencillos y expeditivos que el aguacerito mitológico para los fines de conquista de nuestras adorables Dánaes: la joya, el automóvil o el cheque.

Debo aquí, como un homenaje a la virtud del respetable núcleo de mujeres honestas que hay en toda sociedad, declarar que, felizmente, son las menos las que ceden a la sugestión del dinero en sus determinaciones amorosas.

Pero es indudable que el oro hace muchas víctimas en el elemento femenino. Hay muchas mujeres que, como las mariposas, queman o desean quemar sus alas en la rubia llama del poderoso metal. El caso de la muchachita injuiciosa, deslumbrada por rutilantes visiones de grandeza, que cae y desciende precipitadamente a las más infandas simas morales, cuando creyó y quizo empinarse sobre las demás mujeres de su clase, es caso de todos los días, aquí y en la China. Pero para estas mujeres, el oro, que produjo su desventura, les da, en compensación, asilos y reformatorios, ofreciéndoles así un postrer asidero para su retorno al bien.

Hubiéramos deseado hablar un poco más del oro, diciendo algo de su influencia como factor industrial y artístico, pero tememos fatigar demasiado al auditorio con la prolongación de esta indocta charla, absteniéndonos prudentemente, por la consideración expresada, de extender más este trabajo.

Se nos permitirá, pues, a guisa de resumen, opinar que el oro, que es arte en un copón antiguo o en una maravillosa composición orfébrica de Benvenuto Cellini; que es misericordia, en las obras benéficas a que se destina; que es adelanto, en los procesos científicos que auxilia; que es calamidad, en las guerras y delincuencias que origina, se nos permitirá opinar, repetimos, que el oro, con todas sus virtudes y maleficios, extenderá largamente su trayectoria triunfal por la humanidad, quien sabe si hasta la terminación de ésta resistiendo con heroicidad invensible los embates de la alquimia y las perseverantes elocubraciones de sabios y ensayos de laboratorios para llegar a la trasmutación en oro de otros metales inferiores, y manteniendo así su poderío que lo hará siempre el centro de la ambición de los hombres y el sueño rutilante de las mujeres.

Salve, poderoso rey del orbe!